

# *Cuerpos impugnados: las políticas sexuales y reproductivas locales y globales*

CONSTANCE A. NATHANSON | ROBERT SEMBER  
RICHARD PARKER

## INTRODUCCIÓN

Este análisis está basado en un análisis comparativo de los estudios de caso de los ocho países: Brasil, Egipto, India, Perú, Polonia, Sudáfrica, Turquía, y Vietnam, y de los dos ensayos enfocados en las Naciones Unidas y el Banco Mundial, que conforman el conjunto de este libro. Nuestro enfoque sobre este análisis es selectivo. Está fundamentado, en primer lugar, en las perspectivas teóricas particulares que traemos a este ejercicio comparativo, y en segundo lugar, en nuestra lectura de los temas transversales más importantes que surgieron de los mismos estudios de caso. En un artículo de límites razonables, no hay manera de hacer justicia a la riqueza del material. Nuestro objetivo es la abstracción y la generalización. Para mayores detalles, los lectores deberán recurrir a los ensayos individuales, y esperamos que lo que tenemos que decir, sea lo suficientemente fascinante para motivarlos a que lo hagan.

La comparación entre estos diferentes estudios de caso ha sido todo un desafío, aún dentro de estas limitaciones. Más que enfocarse en un grupo de preocupaciones comunes, las y los autores de los estudios de caso identificaron lo que consideraron era el tema o los temas más críticos, relacionados con la sexualidad, en sus países específicos o en su marco institucional. A partir de ahí, analizaron estos temas, desde la perspectiva que determinaron pudiera proporcionar una comprensión más profunda. Por consiguiente, los ensayos tienen un alcance bastante dispar, dentro de los tópicos específicos que abordan, en su enfoque analítico, y en el material en el que se basan. Por ejemplo, Turquía, Polonia, y Egipto no tienen casi nada que decir respecto al VIH; India no tiene nada que decir acerca de salud reproductiva. Los ensayos de las Naciones Unidas y del Banco Mundial, proporcionan un con-

texto importante pero, en muchas formas, resultan imposibles de comparar con los artículos de los ocho países. Además, las y los autores tienen posturas diferentes en relación con sus materiales; algunos de ellos son académicos, otros son activistas, y algunos son ambas cosas. Resulta más que posible que nuestras interpretaciones pudieran ser diferentes si los datos —y las posturas de los autores con relación a los datos— fueran más directamente comparables. No obstante, hemos intentado convertir en una virtud esta falta de comparabilidad de los datos en los detalles, al intentar extrapolar, de estos casos únicos y de contextos específicos, una serie de profundizaciones acerca de la construcción política de la sexualidad, como una inquietud en sí misma, así como un sitio para la expresión de los procesos sociales generales.

Una observación final a modo de prólogo: ninguno de estos autores es neutral ideológicamente con respecto al material que él o ella presentan. Todos ellos se encuentran involucrados en las denominadas ideologías “modernas” de sexualidad y reproducción (Wardlow & Hirsch, 2006; Giddens, 1991, 1992; Weeks, 2000) que privilegian los derechos sexuales y reproductivos de los individuos y de las comunidades, por sobre las ideologías que subordinan la salud y los derechos a intereses contrapuestos. Tomando esto en cuenta, sería quizás más apropiado leer cada uno de estos análisis como relacionados, sobre todo con la estrategia. Por lo tanto, cada uno de estos artículos identifica, ya sea de manera explícita o implícita, puntos críticos de intervención y los términos empleados en los análisis sugieren los términos que deben utilizar los activistas y defensores de los derechos sexuales y de género.

### PERSPECTIVAS TEÓRICAS

Todos estos ensayos —incluyendo los dos sobre los organismos internacionales— son, en última instancia, acerca del poder: la desestabilización del género “tradicional” y cómo las relaciones sexuales amenazan las jerarquías de la iglesia y el poder del estado establecidos. La Iglesia y el Estado, como es de esperar, contraatacan utilizando sus cuantiosos recursos, no solamente para preservar, sino también para reforzar las estructuras existentes. ¿Por qué resulta esta desestabilización una amenaza tan poderosa (evidenciada, como ya veremos, por las reacciones que provoca)? Buena parte del trabajo teórico más importante de los últimos años, tanto en género como en sexualidad, ha buscado responder a esta pregunta. Por ejemplo, Joan Scott, en su trabajo pionero sobre género e historia, responde de la siguiente forma:

El género es una de las referencias recurrentes, mediante la cual el poder político ha sido concebido, legitimado y criticado... para reivindicar el poder político, la referencia debe parecer segura y firme, fuera de la construcción humana, parte del orden natural o divino. De esta forma, tanto la oposición binaria como el proceso social de relaciones de género forman ambos parte del significado del poder en sí mismo; **cuestionar o alterar cualquiera de estos aspectos amenaza el sistema en su totalidad** (énfasis nuestro).

[SCOTT, 1988, p. 49].

Reflexionando acerca de los actos de los gobernantes, desde los revolucionarios Jacobinos, hasta el Ayatollah Khomeini, Scott continuaba:

[Ellos] han legitimado la dominación, la fuerza, la autoridad central y el poder gobernante como masculinos (los enemigos, los extranjeros, los subversivos, la debilidad, como femeninos) y han plasmado esos códigos en las leyes (prohibiendo la participación política de las mujeres, proscribiendo el aborto, prohibiendo que las madres ganen salarios, imponiendo códigos de vestimenta femenina) que ubican a las mujeres en su lugar... Las acciones sólo pueden ser comprendidas como parte de un análisis de la construcción y consolidación del poder. Una afirmación del control o de la fuerza fue conformada como una política sobre las mujeres (Y nosotros añadiríamos, sobre los hombres gays. [*Ibid.*])

Las complejas relaciones no tan sólo del poder y del género, sino también del poder y la sexualidad, han recibido una atención parecida. Por ejemplo, en su trabajo pionero *La Historia de la Sexualidad*, Michel Foucault respondió buena parte de esta pregunta al enfocarse en la sexualidad como el punto de convergencia de un amplio espectro de estrategias, que vinculan el conocimiento con el poder y evidentemente no solamente en prácticas opresivas, sino también en las configuraciones discursivas que han sido producidas en la vida moderna en torno a la sexualidad:

La sexualidad no debe ser pensada como un tipo de don natural, que el poder trata de contener o como un ámbito oscuro que el conocimiento intenta, gradualmente, poner al descubierto. Es el nombre que puede dársele a una construcción histórica: no una realidad furtiva que resulta difícil de aprehender, sino una gran red superficial, en la cual la estimulación de los cuerpos, la intensificación de los placeres, la incitación al discurso, la formación de conocimientos

especiales, el fortalecimiento de los controles y de las resistencias, están vinculados entre sí, de acuerdo a unas pocas estrategias importantes de conocimiento y poder. [FOUCAULT, 1978, pp. 105-106].

Escritores tales como Gayle Rubin (1975, 1984), Jeffrey Weeks (1995, 2000), R. W. Connell (1987), y otros, (ver, por ejemplo, Chafetz, 2002, y los ensayos en Parker & Aggleton, 2007) han ido más lejos explicando estos mismos temas, para dilucidar las formas en que operan tanto el género como la sexualidad —a veces independientemente, a veces conjuntamente— como ejes de desigualdad y dominación en diferentes marcos sociales. Este trabajo ha ofrecido nuevas e importantes profundizaciones de las formas en las que, y las razones por las cuales, el género y la sexualidad se han convertido en lugares de lucha política impugnados, a lo largo de todo el mundo contemporáneo. Las preguntas adicionales —sugeridas por el trabajo de Sewell en la “Teoría del Evento” (Sewell, 2005; ver también Sahlins, 1987) y por el análisis de los especialistas en movimientos sociales de la interacción entre los movimientos y los “contra-movimientos” (Meyer & Staggenborg, 1996)— tienen que ver con las circunstancias bajo las cuales es más probable que estas luchas surjan, la forma que adquieren y cómo es posible que se desarrollen. Las respuestas a estas últimas preguntas, como lo señala Scott, “pueden sólo determinarse específicamente en el contexto del tiempo y el lugar” (Scott, 1988, p. 49). Veremos ahora cómo han sido descritas esas especificidades, en los diez ensayos que constituyen nuestros datos.

### BASES Y TENSIONES FUNDAMENTALES

Las y los autores de cada uno de las diez estudios de caso eligieron las tensiones y las conexiones fundamentales, alrededor de las cuales organizar su material y contar su historia. No analizaremos éstas en detalle, pero se necesita algo de descripción para que el lector pueda comprender nuestro análisis posterior. Para fines de referencia el Cuadro 1 ofrece una síntesis de los principales alicientes y tensiones de cada uno de los estudios de caso.

En el nivel más general (con las posibles excepciones de Egipto y Vietnam) los ocho estudios de caso de los países son narraciones de lucha, en muchos casos entre el estado y sus aliados (por lo general organismos religiosos) y grupos no estatales que buscan avanzar en las agendas de los derechos y la salud sexual y reproductiva. Sin embargo, en los casos de Egipto y Vietnam,

CUADRO 1: BASES Y TENSIONES FUNDAMENTALES

País	Base	Tensión
Brasil	Progreso en el logro de los derechos reproductivos y de LGBT.	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Valor de la sociedad civil y de la cooperación del estado <i>versus</i> el riesgo de asimilación y el patrocinio de los grupos de la sociedad civil.</li> <li>2. Ventajas estratégicas de las agendas y estrategias específicas de identidad <i>versus</i> la acción colectiva en respuesta a crisis tales como las del VIH/SIDA.</li> </ol>
Egipto	Movilización y penetración del estado, durante los últimos 30 años, por parte de activistas islámicos, enfocados en los derechos sexuales.	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. La efectividad del estado para controlar y contener a los grupos islámicos legitimados es otro símbolo del contexto no democrático desde donde hay que buscar los derechos sexuales y de género.</li> <li>2. Las iniciativas, tanto nacionales como internacionales para avanzar en los derechos sexuales y de género, proporcionan oportunidades para que los grupos sociales conservadores y fundamentalistas de la sociedad se organicen y promuevan políticas conservadoras.</li> </ol>
India	Esfuerzos para derogar la ley del siglo XIX que penaliza las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo.	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. La sexualidad como un camino para la expresión de conflictos entre las ambiciones modernistas nacionales y los fundamentalistas culturales.</li> <li>2. Los costos y beneficios de la salud pública <i>versus</i> los enfoques a la sexualidad basados en los derechos humanos.</li> </ol>
Perú	Serie de luchas entre los organismos oficiales y los defensores de los derechos, entre 1990-2004.	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Beneficios y limitaciones de los progresos estratégicos a corto plazo para comunidades sexuales específicas <i>versus</i> enfoques a largo plazo de las coaliciones, para reformas sexuales y de género fundamentales.</li> <li>2. Beneficios y limitaciones de la cooperación entre la sociedad civil y las entidades estatales, especialmente cuando los cambios de poder son comunes a nivel del estado.</li> </ol>
Polonia	Revocación de leyes abortivas liberales reemplazadas por otras grandemente restrictivas	Consecuencias de los derechos reproductivos otorgados por el estado <i>versus</i> los derechos reproductivos reivindicados por la sociedad civil.
Sudáfrica	Serie de resoluciones constitucionales de la Corte sobre temas de derechos sexuales y reproductivos.	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Contradicciones entre las creencias constitucionales, judiciales, legislativas y populares acerca de la sexualidad y de las evaluaciones de la sexualidad.</li> <li>2. Los costos y beneficios de los derechos humanos y los enfoques de la justicia social en los derechos sexuales.</li> </ol>

CUADRO 1: BASES Y TENSIONES FUNDAMENTALES (conclusión)

País	Base	Tensión
Turquía	Esfuerzo del gobierno para penalizar el adulterio dentro del contexto de su intento para entrar a la Unión Europea, 2002-2004.	Visiones contrapuestas de la sexualidad de las mujeres por parte de feministas laicas y conservadores sociales y los religiosos tradicionalistas.
Vietnam	Las políticas sexuales/reproductivas del gobierno pre y post-Doi Moi como manifestación del cambio de la atención de los medios y los fondos de la planificación familiar hacia los programas de VIH/SIDA.	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Ventajas del apoyo de los donantes internacionales para el desarrollo de ONG, limitadas por la incapacidad de los grupos de la sociedad civil para confiar la responsabilidad a las ONG.</li> <li>2. Predominio de la ideología y de los programas del gobierno como sitios para la resistencia, comparado con la construcción de una sociedad civil fuerte e independiente.</li> </ol>
ONU	Dos “casos” centrados en ‘sí reconocer o no los ‘derechos sexuales como un concepto’, y en nombrar ‘la orientación sexual’ en los documentos de la ONU”.	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Resulta posible que los compromisos estratégicos para avanzar en las agendas específicas debiliten los intentos por hacer avanzar en el futuro causas específicas.</li> <li>2. El valor de incluir definiciones y términos precisos y específicos, en los documentos de la ONU, comparado con la estrategia de crear más declaraciones generales que apoyen una variedad de interpretaciones.</li> </ol>
BM	Análisis de la ideología y las políticas de género basados en el examen de documentos.	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Las supuestas bases científicas y económicas de los programas del Banco, promueven los estrechos puntos de vista homogéneos e ideológicamente conservadores sobre género y sexualidad.</li> </ol>

mientras que estos conflictos son profundos, la lucha central es de un orden diferente. En Egipto es la tensión entre el estado y los grupos ultraconservadores para los cuales la sexualidad es solamente uno de los muchos puntos para el activismo antigubernamental. Este caso concierne a la movilización de los activistas islámicos, durante los últimos treinta años, pero especialmente desde la Conferencia de Naciones Unidas sobre Población y Desarrollo (CIPD) efectuada en El Cairo en 1994, en apoyo a ideologías y prácticas en extremo conservadoras, cuyas raíces se encuentran profundamente incrustadas en las historias nacionalistas y religiosas, precoloniales, coloniales y postcoloniales. Y en Vietnam, la lucha se da al interior del estado, entre sus iniciativas modernizadoras (Doi Moi, es decir, la apertura de Vietnam a las políticas eco-

nómicas neoliberales, a inicios de la década de los noventa) y su deseo de asegurar una continuidad de los antiguos enfoques socialistas a los problemas sociales. Los activistas progresistas de ambos países le dan seguimiento a sus agendas, con una visibilidad aparentemente mínima.

La historia turca se organiza en torno al esfuerzo gubernamental para penalizar el adulterio, en el contexto de la apuesta de Turquía para entrar a la Unión Europea, y la lucha de las mujeres contra ese esfuerzo. A través de este análisis, llegamos a apreciar de qué manera los debates acerca de la sexualidad se encuentran entrelazados con el tambaleante compromiso del país con el secularismo, y con una identidad nacional que atraviesa la división cultural imaginada y experimentada entre “El Este” y el “Oeste”. El caso de la India se enfoca en los esfuerzos populares para invalidar una ley colonial del siglo XIX que penaliza la sodomía, definida como “relaciones sexuales carnales contra natura con cualquier hombre, mujer, o animal” (Ramasubban, este volumen, p. 92). Es una lucha que provoca debates altamente polarizados con respecto a la cultura y a la historia de la India. En la mayoría de los casos, encontramos el punto de vista de que la sexualidad pone de manifiesto las cualidades esenciales de las culturas y hasta de los países. Esto ayuda a explicar el potencial político de los debates con respecto a la sexualidad y al género, ya que ambos son sitios para la escenificación de las polémicas sobre identidad y poder. Por lo tanto, en Polonia, la reciente derogación de las leyes de aborto libre, luego de la caída del comunismo, y su reemplazo por leyes más restrictivas es considerada por los responsables como necesaria para la reivindicación de la verdadera identidad del país, que fue corrompida y pervertida por el comunismo. Esto es muy parecido a la situación en Vietnam, donde las visiones nacionalistas se combinan con definiciones muy particulares y bastante limitadas de las mujeres vietnamitas “decentes”. La sexualidad de las mujeres se sitúa también en el quid de las visiones contrapuestas acerca del futuro de Egipto. Mientras que los estudios de caso de los países restantes son de un espectro más amplio, hacen también eco de estos profundos debates. El análisis sudafricano emplea una serie de fallos constitucionales de la corte acerca de los derechos sexuales y reproductivos para medir el desarrollo del estado post-apartheid, revelando en el proceso, contradicciones significativas dentro de y entre las instituciones estatales, la visión constitucional de la joven democracia y las creencias y condiciones de vida de sus ciudadanos. Los estudios acerca de Perú y de Brasil describen una serie de luchas, similares pero más largas (entre 20 y 30 años), entre los defensores de los derechos sexuales y reproductivos y diferentes organismos oficiales. Estos últimos tres

casos proporcionan una clara demostración de que el avanzar en los derechos sexuales y reproductivos comprende procesos sociales complejos, que requieren la intervención de múltiples niveles del estado y de la sociedad civil. Casi siempre, estos procesos diferentes no actúan sincronizadamente ni en forma complementaria, creando por tanto múltiples oportunidades para que los conservadores impugnen las reivindicaciones de derechos expresadas recientemente.

Durante al menos los últimos veinte años, las Naciones Unidas y, en menor grado (o quizás de manera menos visible) el Banco mundial, han estado entre los principales escenarios mundiales donde se han representado los dramas reflejados en cada uno de los casos de los países. El ensayo de la ONU narra dos ejemplos, separados por cerca de diez años, de intensa lucha partidaria sobre el lenguaje de los documentos que supuestamente afirmarían, o no, los derechos sexuales. El poder de las palabras es medular, igualmente, para la revisión de los documentos del Banco Mundial, debido a que su uso y definición pueden inspirar perspectivas de sociedades más equitativas y liberadas, o, como es más común, limitar nuestra imaginación y nuestras acciones. Por lo tanto, mientras que “género” y “sexualidad” han entrado en el léxico del Banco, están formulados en términos económicos, aparentemente científicos y/o tecnocráticos, estrechos.

### EVENTOS Y OPORTUNIDADES

En la “sociología memorable” propuesta por William Sewell, los eventos históricos “son acontecimientos que transforman las estructuras” (Sewell, 2005, p. 218). Si acaso y cómo se lleva a cabo el potencial de transformación de los simples “acontecimientos”, depende de cómo estos eventos sean interpretados por los actores interesados y la medida en que esos actores poseen los recursos materiales y simbólicos necesarios para aprehender las oportunidades políticas que ofrecen estos eventos. El último cuarto de siglo ha sido testigo de una serie de hechos posiblemente transformadores a nivel global y en cada uno de los países que nos ocupan. (Los eventos en esos dos niveles no son, por supuesto, independientes los unos de los otros).

Globalmente, la epidemia de VIH/SIDA que hizo su aparición a comienzos de la década de los ochenta, quizás sea el más obviamente destacado de estos sucesos, creando espacios discursivos y categorías de actores políticos totalmente nuevos, y en el proceso, cambiando los significados conectados al género



y a la sexualidad, casi más allá de todo reconocimiento. Quizás la sexualidad y el género nunca antes habían sido tan públicamente analizados y problematizados, literalmente a una escala mundial, en relación con una gama tan amplia de temas sociales, culturales, económicos y políticos, como ha sido el caso en relación con el VIH y el SIDA, durante el transcurso de los últimos veinticinco años. Sólo un poco menos importantes dentro del presente contexto, fueron una serie de conferencias de la ONU (ver Françoise Girard en este volumen), en especial la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo mencionada anteriormente, y la Cuarta Conferencia Mundial sobre las Mujeres, llevada a cabo en Beijing en 1995.

Estas conferencias le otorgaron visibilidad internacional y legitimidad a los puntos de vista disidentes, sobre asuntos de salud y derechos sexuales y reproductivos, y fueron poderosos catalizadores para el movimiento social y las organizaciones ONG, tanto internacionalmente como al interior de los países, en apoyo a y en contra de, esos puntos de vista. El impacto de otros “acontecimientos” en el mismo periodo: la caída del Muro de Berlín en 1989, la presión de los actores económicos globales que dio comienzo a mediados de la década de los ochenta y que condujo a la adopción generalizada de políticas económicas neoliberales (por los países que aquí nos preocupan, entre otros), los ataques al World Trade Center en Nueva York, en septiembre de 2001, resulta más ambiguo. Quizás el efecto más importante de estos acontecimientos —sugerido por varios de los casos de los países— haya sido desestabilizar las estructuras de poder existentes, llevando a los beneficiarios de esas estructuras a buscar el orden en la afirmación y/o restauración de las normas y prácticas sexuales y de género, tradicionales.

Durante el periodo en cuestión, cada uno de los países aquí analizados, ha experimentado agitaciones trascendentales políticas y sociales, con consecuencias potencialmente transformadoras para la sociedad y el estado. La más importante de estas consecuencias ha sido la apertura de oportunidades para actores sociales nuevos —no necesariamente progresistas— que se han distinguido en el escenario político. Estas aperturas varían de manera sustancial desde la proliferación de ONG y otras organizaciones de la sociedad civil en Brasil y en Sudáfrica, por ejemplo, hasta los campos de posibilidades mucho más limitados, en un país como Vietnam, donde uno debe leer más de cerca para poder observar oportunidades, tales como la diferencia en el enfoque entre el funcionamiento de las ONG en el norte y el sur del país —más tecnocrático en una zona y más intervencionista en la otra. Desde la perspectiva del progreso en la salud y los derechos, los resultados han sido contradic-

torios— casi siempre tratando de forzar el fin de un largo silencio, acerca de temas de sexo y reproducción, pero mezclados con su impacto en el terreno.

En el cuadro 2 sintetizamos esos acontecimientos y las oportunidades que éstos crean. Siguiendo una descripción más detallada de cada acontecimiento, enfocamos nuestro análisis, en primer lugar, en las (asombrosamente paralelas) palabras y acciones de los ocho estados-nación, a medida en que reaccionaban a los desafíos que significaban esos hechos: y en segundo lugar, en su impacto en los debates sobre la salud y los derechos sexuales, en cada uno de los países.

CUADRO 2: CASOS DE LOS PAÍSES: ACONTECIMIENTOS Y OPORTUNIDADES

<i>País</i>	<i>Acontecimientos</i>	<i>Oportunidades</i>
Brasil	Transición de una dictadura militar a un gobierno civil. Promulgación de la “Constitución del Ciudadano” (1988).	Un sector social preexistente fuerte aprovecha las oportunidades para avanzar en salud y derechos reproductivos y sexuales.
Egipto	Década de los setenta —Sadat libera de la cárcel a los activistas islámicos; 1994 —Se lleva a cabo en El Cairo la CIPD.	La Conferencia de El Cairo crea oportunidades para que los activistas Islámicos se movilicen internacionalmente y adquieran técnicas y estrategias sofisticadas de movilización.
India	Aparición del VIH/SIDA (medios de la década de los ochenta). Creciente militancia de los nacionalistas Hindúes.	Surgen grupos de defensores contra la discriminación por SIDA y a favor de los derechos sexuales. Aumenta el desafío para los tradicionalistas y se rompe el silencio para las sexualidades múltiples.
Perú	Cambios múltiples en el gobierno: <ul style="list-style-type: none"> <li>• Fujimori (1990-2000)</li> <li>• Toledo (2001-2006).</li> </ul>	Con los vientos políticos cambian las oportunidades en el contexto del sector de las debilitadas minorías sexuales y la poderosa Iglesia Católica.
Polonia	Caída del gobierno comunista (1989) y reorganización de los derechos civiles para que ya no sean administrados exclusivamente por el estado.	Movilización de la Iglesia Católica para capitalizar las nuevas oportunidades políticas. Un movimiento feminista débil.
Sudáfrica	Desaparición del apartheid y establecimiento de un sistema democrático que incluye un proceso de desarrollo constitucional participativo (1994); Aparición del VIH/SIDA (medios de la década de los ochenta).	Se legitiman múltiples voces con reivindicaciones conflictivas. Autoridad constitucional e independencia judicial.

CUADRO 2: CASOS DE LOS PAÍSES: ACONTECIMIENTOS Y OPORTUNIDADES (conclusión)		
Turquía	Victorias políticas del partido islámico (1994); El gobierno Islámico propone penalizar el adulterio (2004).	Las organizaciones feministas y de minorías sexuales aprovechan la oportunidad creada por el gobierno yendo más allá de las políticas de la UE.
Vietnam	Se instala un gobierno comunista a mediados de la década de los setenta. Apertura a las políticas económicas neoliberales (Doi Moi) a mediados de la década de los noventa.	Una sociedad civil muy débil. Las oportunidades existen principalmente para las ONG y los actores gubernamentales con sede en el exterior del país.

NOTA: Las Naciones Unidas y el Banco Mundial crean oportunidades por su propia existencia. Son objetivos de oportunidad y, en la medida en que son percibidos para que respondan de maneras distintas, alientan una mayor movilización y una mayor presión. No serían objetivos a menos que las palabras, los documentos que producen y sus acciones, se percibieran para llevar un peso específico.

Dentro de los últimos 35 años, cinco de estos ocho países han experimentado cambios sísmicos en sus gobiernos —desde dictaduras hasta democracia, de laicos a religiosos, de comunistas a no comunistas. Perú ha experimentado una multiplicidad de estos cambios en un relativamente corto lapso de tiempo, mientras el péndulo político ha oscilado desde un sistema ideológico al otro. En Egipto parece ser tan sólo cuestión de tiempo antes de que tal cambio ocurra, mientras que el actual régimen emplea medidas cada vez más represivas para mantener el poder y amenaza perder el control del espacio opositor, que creó en un intento de controlar las actividades islamistas. De los ocho países, solamente el gobierno de la India se ha mantenido relativamente estable, aún cuando el surgimiento de fundamentalistas hindúes, los actuales conflictos con sus vecinos musulmanes, las tensiones internas entre activistas hindúes y musulmanes y los rápidos cambios económicos, y por consiguiente culturales, entre sus clases media y alta, proporcionan una coyuntura política que puede ser difícil de predecir. Los enormes cambios políticos experimentados por la mayoría de los países examinados, muy a menudo fueron —aunque no inevitablemente— transformadores en su impacto, especialmente en las oportunidades que abrieron para que nuevos grupos de actores ejercieran influencias políticas y en las políticas.

Sin embargo, las oportunidades deben ser aprehendidas y la capacidad de tomar ventaja de las aperturas, en la medida en que ocurren, estuvo distribuida desigualmente entre los temas y entre los países. Turquía, Brasil, Polonia, y Egipto proporcionan excelentes —aunque diferentes— ilustraciones

de este punto. Turquía posee un largo historial de movimientos feministas y así, a pesar de un periodo de fragmentación que ocurrió inmediatamente después de las victorias políticas islámicas de 1994, los grupos feministas de todo el país pudieron unirse detrás de las reformas de las desiguales provisiones de género del Código Penal Turco, llevando a cabo protestas masivas y haciendo campañas a través de los medios de comunicación solidarios. Igualmente, en Brasil, los actores de los movimientos sociales que se movilizaron en torno a la promulgación de la nueva Constitución de 1988, estaban bien posicionados para apoderarse de las oportunidades políticas y hacer progresar los derechos sexuales y reproductivos, ofrecidos bajo un régimen democrático. Asimismo, la llegada del gobierno de Solidaridad en Polonia, creó las oportunidades políticas, pero los defensores de los derechos estuvieron mal posicionados para apoderarse de ellas, mientras que la Iglesia Católica —al acecho durante el régimen comunista, y envalentonada por un Vaticano bajo el liderazgo de Juan Pablo II, el “Papa Polaco”— fue capaz de entrar en acción. En Egipto se ha estado construyendo el activismo conservador islámico, desde que el gobierno de Anwar Sadat llegó al poder, a comienzos de la década de los setenta. Sin embargo, fueron las conferencias de El Cairo y de Beijing, las que detonaron la movilización organizada de los fundamentalistas religiosos musulmanes, contra la forma en que fueron interpretados los derechos sexuales y reproductivos por los principales grupos de defensoras feministas. (Analizaremos más esta movilización en el contexto del ensayo de Girard sobre las Naciones Unidas.)

El panorama en el resto de los casos de los cuatro países es mucho menos claro. En Vietnam, en un extremo, el actual espacio político está casi totalmente ocupado por el estado, dejando muy poco o ningún espacio para los actores que no tienen el patrocinio estatal y el estado depende fuertemente de donantes externos (no vietnamitas), de gobiernos, y de organizaciones no gubernamentales para conformar sus políticas de salud sexual y reproductiva. Perú y Sudáfrica no carecen de ONG pero en ambos lugares las políticas de reproducción y sexualidad, fuertemente impugnadas, parecen haber tenido como resultado escenarios de progreso fragmentado y desigual en algunos sectores sociales, mientras que otros se estancaron o retrocedieron. El VIH/SIDA ha creado un espacio en la India para el surgimiento de defensores de los derechos sexuales, para la visibilidad de sexualidades múltiples y para un discurso sobre este tema mucho más amplio. Sin embargo, los rebuscados procesos judiciales y la indiferencia, o la ambivalencia, en el mejor de los casos, de parte de los líderes políticos, frenan la evolución de las cosas.

Generalizando, aunque las crisis sociales y políticas crean el potencial para una transformación social positiva, si ese potencial se lleva a cabo o no depende grandemente de un contexto más amplio ya sea local, nacional o hasta global, en el momento en que ocurran estas crisis. Peter Evans, en su análisis de las condiciones para la protesta medioambiental, sostiene que, en los años recientes, las dos dimensiones más importantes de ese contexto han sido, en primer lugar, la transición a una economía global —es decir, la apertura de los mercados económicos en una escala global— y, en segundo lugar, una transición gradual a una democracia electoral, que abra espacios significativos para la acción ciudadana, en los países en los que ha ocurrido esta transición (Evans, 2002). Un argumento similar podría establecerse con respecto a la sexualidad y al género, ya que el cada vez mayor flujo de información global y el desarrollo de redes transnacionales de activistas, han desarrollado una fuerza significativa en algunos terrenos, siendo uno de los más notables las Naciones Unidas. Sin embargo, sin las libertades locales y un cierto nivel de empoderamiento económico, es difícil que estos esfuerzos den como resultado cambios significativos, en las vidas de muchas comunidades.

### IDEOLOGÍAS E INTERESES DEL ESTADO

Estos ocho países difieren en casi todas las dimensiones imaginables: políticas, económicas, sociales y religiosas. Sin embargo, más impactantes que sus diferencias son las similitudes en la respuesta, cuando la estabilidad de las jerarquías sexuales y de género instituidas se siente amenazada. Afianzado en imágenes del pasado, las poderosas elites de cada país se inspiran en ideologías de género, sexuales y reproductivas disponibles, para oponerse a las reformas progresistas, igualando —como lo predijo el análisis de Scott— la preservación de las normas “tradicionales” de género y moralidad sexual, con la preservación del estado-nación. Por consiguiente, un escenario clave para el participación de activistas de los derechos sexuales y de género lo representan las narrativas nacionales, ya que éstas son utilizadas por los poderosos para justificar el *status quo* (Bhabha, 1990; Ashcroft, Griffiths & Tiffin, 1989). Es decir, estas narrativas naturalizan la desigualdad, borrando las contradicciones históricas y otorgando a la actual organización del estado, la apariencia de una autoridad teleológica. Lo que intentan reivindicar es que “esto es quienes somos y esto es lo que siempre quisimos ser.” Cada caso propor-

ciona ilustraciones acerca de este punto. Los que siguen a continuación no son para nada completos.

Quizás el caso más paradójico sea el de la India, donde el “estado Indio moderno” ha salido en defensa de una ley antisodomía del siglo XIX, impuesta por el imperio británico, aduciendo que “la seguridad de la nación India se encuentra en riesgo” y que su derogación violaría una “cultura India fundamental” (“normas de matrimonio universal, monogamia, y heterosexualidad procreadora, lo que comprende mujeres castas y hombres masculinos, reforzado por el triunvirato de instituciones de la familia patriarcal, las castas y la comunidad”) (Ramasubban, this volume, p. 94).<sup>1</sup> La identidad nacional polaca se iguala a la histórica figura de la “Madre Polaca”, que cría a sus hijos como “un acto patriótico por la nación” en el contexto de la lucha de Polonia en el siglo XIX por la independencia contra Rusia, Prusia y Austria. “Cualquier intento de una mujer de liberarse de los roles familiares, era tratado como una traición a la patria y (lo que es igual) a la religión [católica] (Nowicka, este volumen, p. 178). Los modernizadores de Turquía de principios del siglo XX, a pesar de haber abolido la ley Islámica y del énfasis retórico sobre “la liberación” de las mujeres como simbólico del estado moderno, percibían la sexualidad de las mujeres como “una amenaza potencial al orden público y a la moralidad.” Una “premisa fundamental” del Código Penal Turco de 1926 era que “los cuerpos y la sexualidad de las mujeres son propiedad de los hombres, de la familia, o de la sociedad” (Ilkkaracan, este volumen, p. 252). En el Vietnam comunista pre-*Doi Moi*, “...el estado continuaba exaltando las virtudes tradicionales de las mujeres como el estoicismo, la fidelidad, la compasión y el sacrificio, como invaluable para la causa nacional de la construcción de una nación moderna e industrializada. Por lo tanto, mientras que la mujer vietnamita proporcionaba un “sujeto emancipatorio” para el nuevo orden socialista establecido, su emancipación comenzó con su sumisión a la nueva nación” (Le Minh & Nguyen, este volumen, p. 296).

Luego del *Doi Moi* “las mujeres volvieron a jugar un papel principal, ya que cargan con la responsabilidad del bienestar de la familia, y por lo tanto por añadidura, con el bienestar de la nación” (*ibid.*, pp. 298-299). En cada caso, los cuerpos de las mujeres son construidos como subordinados a los proyec-

<sup>1</sup> Heather S. Dell, en “Ordinary’ sex, prostitution, and middle-class wives: Liberalization and national identity in India” (2005) pone de manifiesto puntos muy similares acerca del sexo, el género y la identidad nacional en la India.

tos del estado. Resulta importante enfatizar —y Vietnam con sus dinámicas de urbanización e industrialización y la adopción de las políticas económicas neoliberales ilustra particularmente bien este punto— que ninguno de estos países rechazan la “modernidad” de modo general. La rechazan en una forma que protege las estructuras de poder establecidas sin, desde su punto de vista, amenazar los intereses económicos críticos.<sup>2</sup> Por supuesto, surge un problema cuando estos dos proyectos chocan, como es el caso de Turquía.

La identidad nacional ha sido combinada con políticas progresistas también, pero con una sustentación más frágil. Este punto surge con una particular intensidad en el caso de Sudáfrica. Por un lado, en el centro de la narrativa nacional del país se encuentra la “utilización retórica de los derechos sexuales” del Juez de la corte constitucional Albie Sachs... “El derecho [para las parejas del mismo sexo] a casarse... representa un importante hito simbólico en el largo camino hacia la igualdad y la dignidad.” “El fraseo de esta última oración evoca el título de la autobiografía de Nelson Mandela, *El Largo Camino hacia la Libertad*, una metáfora “sagrada” en la historia de liberación” (Beresford, Schneider & Sember, este volumen p. 217). Por otro lado, “El cultivo de la africanidad” —asociado con “los compromisos anti-modernistas con las prácticas y creencias morales básicas, atemporales y estables”— “en gran medida forma parte del discurso nacionalista actual del país” del que se apropian fácilmente los políticos ambiciosos (*ibid.*). Pero ciertamente Sudáfrica no está sola en este sentido. También Brasil ha demostrado una disposición para vincular las políticas progresistas en la salud sexual y reproductiva, con su propia imagen nacional asumiendo roles regionales e internacionales, por ejemplo, con relación a los movimientos mundiales, tales como aquéllos que condujeron a las conferencias de El Cairo y Beijing o en la introducción más reciente de la finalmente fallida resolu-

<sup>2</sup> Un reciente libro acerca de cómo las naciones-estado negocian los temas de soberanía en las conferencias de Naciones Unidas, demuestra que “los compromisos de soberanía son más posibles cuando la posibilidad de logro material es alta (ej: cuando pueden negociar recursos económicos a cambio de aceptar las regulaciones medioambientales) y menos probables cuando los estados perciben que están en riesgo asuntos de identidad básica, tales como los valores defendidos por los gobiernos como fundamentales para determinadas formas de vida nacionales o culturales. En otras palabras, para los estados que buscan concesiones de recursos en ciertos asuntos, la soberanía se utiliza como una pieza de negociación” (Friedman, Hochstetler, & Clark, 2005, p. 102). Cuando existe poca ganancia, excepto mayor legitimidad a los ojos de las ONG internacionales o locales, es menos probable que la soberanía se tenga que negociar.

ción brasileña denominada Derechos Humanos y Orientación Sexual en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Quizás de manera más clara, el programa de VIH/SIDA, de gran prestigio, se ha convertido cada vez más en parte característica de la política exterior brasileña, promovido por el gobierno brasileño en eventos intergubernamentales tales como la Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas (UNGASS por sus siglas en inglés) sobre SIDA y por escrito en los convenios bilaterales de cooperación entre Brasil y socios estratégicos extranjeros, tales como China, Sudáfrica, y los demás países latinoamericanos. Mientras que parte de esta atención se ha debido a los éxitos técnicos del programa de acceso al tratamiento antirretroviral de Brasil, este éxito se encuentra firmemente enraizado en el compromiso a largo plazo con la defensa de los derechos humanos, en relación con el género y la sexualidad, que ha proporcionado la base para el programa brasileño (Berkman *et al.*, 2005).

### POBLACIÓN Y SALUD REPRODUCTIVA

Desde hace mucho los cuerpos de las mujeres han sido motivo de lucha política entre el estado, la iglesia y las voces de las mismas mujeres, a veces fuertes, pero más a menudo débiles y fragmentadas. Dada la asombrosa y consistente mezcla del control sobre los cuerpos de las mujeres —en particular sobre sus poderes reproductivos— con la identidad y poder de la nación-estado, el nivel de la inversión del estado en estas luchas no resulta nada sorprendente. En aquellos lugares en los que los grupos religiosos y el estado han unido fuerzas, como en algunas partes de Sudamérica y en Egipto y en Polonia, o donde el estado ocupa todo el espacio cívico, como en Vietnam, los discursos de los derechos reproductivos han ganado poca audiencia.<sup>3</sup> Por ejemplo, En Egipto, el Consejo Nacional de las Mujeres, oficial, (presidido por la primera dama Suzanne Mubarak) sintió que era necesario referir la ley que penaliza la ablación genital femenina a las autoridades religiosas, para que éstas dieran su opinión. Al ser rechazada por las autoridades mencionadas, la ley muy pronto languideció.

<sup>3</sup> Los defensores de los derechos reproductivos se encuentran activos en la India (ver Ramasubban & Jejeebhoy, 2000). Su ausencia en este análisis refleja su ausencia en el ensayo de Ramasubban en este volumen. La narrativa turca se enfoca exclusivamente en los derechos civiles de las mujeres.



Desde este panorama de lucha, el control de la natalidad ocupa una posición ambigua. Aún cuando los movimientos feministas occidentales han visto por lo general el acceso a los medios de control de la fertilidad, como algo básico para la liberación de las mujeres, el control de la fertilidad impuesto por el estado (o defendido por las agencias de otros estados) para avanzar en los proyectos de control de población al servicio del desarrollo económico, es otra cosa totalmente diferente. Por ejemplo, en Perú, Fujimori “utilizó el discurso feminista global (de El Cairo y de Beijing) como tapadera de su política coercitiva de control de población” (Cáceres, Cueto, & Palomino, este volumen, p. 139). Al hacer esto se apropió de y confundió al relativamente débil movimiento feminista del Perú y pavimentó el camino —una vez que sus acciones fueron dadas a conocer— para que la Iglesia Católica y sus aliados (incluyendo los conservadores religiosos con sede en Estados Unidos) exigieran ponerle fin a todos los programas de planificación familiar (un proyecto avalado por Toledo, sucesor de Fujimori). La promoción en Vietnam de los programas de planificación familiar (pre y post *Doi Moi*) ha sido impulsada casi enteramente por sus aspiraciones nacionalistas: “Después del *Doi Moi*, el énfasis de la planificación cambió de construir sujetos socialistas y una nación socialista, a construir familias pequeñas, felices y prósperas, como base de una nación fuerte y moderna” (Le Minh & Nguyen, este volumen, p. 298). Las voces críticas han brillado por su ausencia. Quizás el punto mayor sea que, en la medida en que los servicios de control de la natalidad estén disponibles en estos ocho países —y no tenemos datos cuantitativos de para quién están disponibles y bajo cuáles condiciones— esta disponibilidad es a menudo, el resultado de acciones y políticas estatales, tanto de la exigencia de los movimientos de mujeres como de otras fuerzas progresistas.

Comoquiera que dé inicio, el control natal palidece cuando se le compara con el aborto, por la intensidad emocional de la controversia que suscita. Vianna y Carrara (Brasil) subrayan: “La cobertura [de los medios de comunicación] sobre el aborto, era un tema aislado desconectado de la esfera más amplia de los derechos sexuales y reproductivos.” Esta es una asombrosa declaración, que se puede aplicar también fuera de Brasil. Aún en el mismo Brasil, con un fuerte movimiento feminista que viene desde la década de los setenta y con una Constitución que incorpora la planificación familiar como un derecho reproductivo, la legislación dirigida a legalizar o extender las circunstancias para el aborto, ha sido rechazada sistemáticamente por el Congreso Nacional, siendo en 2005 la última vez que esto

sucedió. Aprovechando plenamente su acceso a los parlamentarios y otras élites políticas, la Iglesia Católica (y sus aliados en otros organismos religiosos) fue capaz de vencer un cambio de políticas, que surgió inicialmente del mismo gobierno brasileño. Aún un conflicto así debe llamar nuestra atención hacia las complejas intersecciones que existen entre la sociedad civil y el estado, dado que una política tal no hubiera nunca sido elaborada, en primer lugar, si las activistas feministas no hubieran llegado a ejercer una importante influencia en las políticas gubernamentales. De hecho, en Brasil, así como en una serie de otros países, el papel de las élites de los movimientos sociales —feministas involucradas en programas de salud reproductiva y población, activistas de SIDA que trabajan en el programa de VIH/SIDA, y así sucesivamente— ha sido una de las estrategias más efectivas para la búsqueda de una implementación de cambios de políticas graduales, pero finalmente de mayor alcance, relacionados con el género y la salud y los derechos sexuales y reproductivos (un punto similar ha sido establecido por Rosalind Petchesky en su estudio sobre feminismo global y los movimientos de derechos humanos y de la salud [Petchesky, 2003]).

Sin embargo, un derecho constitucional al aborto no asegura en y por sí mismo que este procedimiento estará disponible y será seguro. El aborto fue legalizado en Sudáfrica en 1994. No obstante, es altamente polémico (74% de los sudafricanos negros piensan que el aborto en el caso de “penurias económicas” es siempre malo), los partidos políticos están profundamente divididos en este tema, y existe un gran vacío entre la ley y la práctica, en parte debido a la oposición dentro de la comunidad y de los proveedores médicos: “el acceso a los servicios del aborto oficial es extremadamente limitado para la mayoría de la población femenina”. Las iglesias fundamentalistas son cada vez más poderosas en Sudáfrica y un movimiento de mujeres fragmentado y altamente estratificado, muchas de cuyas líderes han sido absorbidas por el gobierno y los partidos políticos, no apoyó el ímpetu “pro-decisión”, de inicios de la década de los noventa, cuando jugó un papel principal en el desarrollo de la constitución del país y de las agendas legislativas iniciales. Por otra parte, los grupos antidecisión son cada vez más activos y están construyendo lo que parece ser una base de apoyo popular muy influyente.

Por supuesto que el caso extremo es Polonia. Bajo el régimen comunista el aborto estuvo disponible básicamente bajo pedido —no porque las mujeres hubieran peleado por él (como lo subraya el ensayo), sino porque el gobierno decidió que así debía ser, atribuyendo altas tasas de mortalidad materna a los abortos “clandestinos” poco seguros. El asunto generó muy poco

debate público. Sin embargo, en 1993, luego del acceso al poder del gobierno de Solidaridad, el aborto “con bases sociales” fue penalizado, lo que hizo que el aborto legal fuera inaccesible para la mayoría de las mujeres. El aborto estaba identificado con el comunismo. Estar a favor de los derechos del aborto no era solamente ser procomunista, sino también ser anticatólico, una posición en la que ningún político post comunista quería verse encasillado. En Polonia, la Iglesia Católica, identificada con el derrocamiento del comunismo y con el “Papa Polaco” adorado por el país, dominaba la consideración política de los temas “sociales”, por ejemplo los sexuales y reproductivos, luego de la caída del comunismo. El movimiento polaco de mujeres —muy fuerte antes de la Segunda Guerra Mundial— desapareció básicamente durante el comunismo. El gobierno de solidaridad no estaba interesado en lo que definía como “temas de las mujeres”. Aún cuando las acciones del gobierno de Solidaridad en torno al aborto estimulaban la creación de un movimiento de oposición de las mujeres, éste ha sido fragmentado y dividido políticamente y no está a la altura de la todopoderosa Iglesia Católica.

#### VIH/SIDA

Entre las transformaciones sociales más importantes provocadas por la epidemia de VIH/SIDA, ha sido su papel, primero, en el catalizar la organización del movimiento social en torno a la enfermedad en sí y segundo —quizá más importante— el obligar al reconocimiento de las sexualidades múltiples y la creación de espacios para la organización alrededor de estas sexualidades. El camino no ha sido fácil, sin embargo, y en algunos países —ilustrado en el presente contexto por Vietnam— aún encontrar el camino resulta difícil. Es útil comenzar con una breve sinopsis de la situación actual en cada uno de los cinco países en los que se encuentra disponible información importante, y luego identificar algunos temas difíciles que generan estas narrativas.

En Brasil se encuentra más avanzada la organización efectiva —lo cual significa una organización políticamente influyente— en ambos campos (SIDA y sexualidades múltiples). Los grupos de defensores relacionados con el SIDA, se formaron a mediados de la década de los ochenta, antes de la promulgación de la Constitución Brasileña y establecieron fuertes vínculos con el movimiento a favor de una reforma política. Al igual que la Iglesia Católica en Polonia (por muy exagerada que pueda parecer esta analogía), estos grupos

se encontraban posicionados estratégicamente, para capitalizar los lazos políticos preexistentes, una vez que el nuevo régimen tomó el poder. Los logros del movimiento brasileño de lucha contra el SIDA —campañas en los medios de comunicación apoyadas por el gobierno para promover el uso del condón y (recientemente) contra la homofobia, medicación gratuita para personas con SIDA, apoyo para la creación de grupos de lesbianas, gays, bisexuales y transgénero (LGBT), sin dejar de mencionar el alto perfil del gobierno brasileño en el escenario internacional en los ámbitos del SIDA y de los derechos sexuales— son atribuibles (podríamos sostener) a estas primeras conexiones. Esta afirmación encuentra apoyo en la alusión que hace el ensayo al “asombroso gran número de profesionales que trabajan en ONG y con organismos estatales” (Vianna & Carrara, este volumen, p. 38; ver también, Parker, 2003; Berkman *et al.*, 2005). Los amigos en coro resultan clave para los avances en salud pública (Nathanson, 2007).

En ningún otro país el contexto político ha sido tan favorable. Cáceres y algunos colegas sostienen que en Perú la “visibilidad y legitimidad de aquéllos que son sexualmente diferentes ha mejorado notablemente en las últimas dos décadas” (este volumen, p. 159) y que “las percepciones públicas de las personas que viven con VIH/SIDA también han mejorado” (este volumen, *ibid.*). No obstante, el nivel y la calidad de la atención a la epidemia de SIDA y sus muchos temas relacionados, parecen haber sido bastante esporádicos, dependientes del cambiante capital político de los líderes políticos del país, de los caprichos de los donantes internacionales, y del auge y la caída de diferentes grupos de defensores. En un amplio contraste con Brasil, ni el público ni los políticos peruanos tienen un verdadero compromiso con los temas de derechos sexuales (ó reproductivos).

Los gobiernos, tanto de la India como de Sudáfrica —desde puntos de partida políticos muy diferentes— dilataron o interrumpieron por mucho tiempo una confrontación seria con el VIH/SIDA, y aún actualmente, la extensión y efectividad de su compromiso no quedan claras. “Tanto el estado indio como la sociedad civil, no querían reconocer su existencia [hasta mediados de la década de los noventa] aparentemente convencidos de que una enfermedad de transmisión sexual como el SIDA, era imposible que pudiera diseminarse en un país que poseía el efecto protector de la “cultura india” (Ramasubban, este volumen, p. 98). Sorprendentemente (y de nuevo en contraste con Brasil) para la izquierda política India “la sexualidad era algo poco preocupante y la homosexualidad era una “aberración capitalista”, “una importación elitista e imperialista” (*ibid.*, p. 106). Sin una base estructural

sólida en la cual construir una acción colectiva, las voces de protesta contra estos discursos hegemónicos fueron silenciadas. Recientemente, según afirma Ramasubban, la situación ha comenzado a cambiar: los otrora fragmentados grupos relacionados con los derechos sexuales y el SIDA se han unido para exigir la derogación de la ley antisodomía de la India y en el año 2006 la oficina del SIDA del gobierno —en su primera declaración pública sobre este tema— “apoyó la despenalización de las sexualidades alternativas” (este volumen, p. 118). Si la ley será en efecto derogada y cómo contribuirá su derogación a enfrentar la epidemia de VIH/SIDA en la India, son cosas que aún se desconocen.

La historia de Sudáfrica es más familiar y hablaremos de ella tan sólo brevemente. En primer lugar, los problemas de Sudáfrica en este campo no comenzaron con el cuestionamiento que hizo el Presidente Mbeki del consenso científico en la causa del SIDA. En los años que precedieron a la caída del gobierno del Apartheid, se discutió un “plan bien razonado y sustentable” y estuvo disponible a principios de la década de los noventa. No fue implementado entonces por falta de infraestructura y de liderazgo por parte de Mandela y del Congreso Nacional Africano (CNA). Este vacío continuó y fue exacerbado bajo el gobierno de Mbeki. A pesar de un sinnúmero de episodios dramáticos que comprendían querellas legales con compañías farmacéuticas (con resultados positivos para el gobierno sudafricano y los grupos activistas) y los esfuerzos de grupos de activistas, tales como la Campaña de Acción por el Tratamiento (CAT), la mayoría de los sudafricanos que viven con VIH/SIDA no tienen acceso a los recursos que pueden salvar sus vidas. “Durante los últimos siete años, el gobierno ha iniciado una serie de programas para enfrentar la epidemia, pero los resultados siempre han sido desalentadores” (Beresford, Schneider, & Sember, este volumen, p. 237).

En segundo lugar, la brecha entre los derechos legales y el aval popular a esos derechos y que se identificó desde un principio con respecto al aborto, sigue existiendo. Por ejemplo, los gays y las lesbianas, han sido transformados de criminales (bajo el Apartheid) a ciudadanos completos bajo el gobierno del CNA. Sin embargo, el 81 por ciento de los sudafricanos negros cree que las relaciones sexuales adultas entre personas del mismo sexo están “siempre mal”, y al menos un político prominente (y potencial futuro presidente) ha declarado públicamente que “los matrimonios entre personas del mismo sexo son una desgracia para la nación y para Dios” (Beresford, Schneider, & Sember, este volumen, p. 220). En tercer lugar, la Campaña de Acción para el Tratamiento ha oscilado, como muchos movimientos

sociales del país, entre relaciones cooperativas y opositoras con el gobierno, con resultados mezclados; en ocasiones ha inducido al gobierno a la acción, tan sólo para darse cuenta de que los progresos profetizados en conjunto son, ya sea irrealizables, o implementados de manera poco sistemática. No obstante, Sudáfrica cuenta en la actualidad con el programa de tratamiento antirretroviral más grande del mundo. Sin embargo, dado el tamaño de su población VIH/positiva, esto aún solo representa una fracción de las personas necesitadas de atención y se queda corto con respecto a lo que por mucho tiempo han exigido los activistas.

Finalmente “las penurias económicas y el miedo inducido por el crimen”, conjuntamente con las contradicciones enraizadas en las políticas de VIH/SIDA del gobierno de Sudáfrica, han convertido al país en “listo para la absorción de iniciativas y programas conservadores” (*ibid.*, p. 238). “Muchos sudafricanos se han distanciado de las organizaciones políticas y laborales que antes apoyaban y se están volviendo hacia el creciente número de iglesias evangélicas y pentecostales, establecidas con ayuda espiritual, intelectual y financiera de la derecha evangélica en los Estados Unidos” (*ibid.*, p. 223). Conjuntamente con la religión fundamentalista, los Estados Unidos han exportado a Sudáfrica todo su armamento completo de enfoques a la sexualidad, favorecidos por su actual administración —demorar el inicio sexual, abstenerse, ser fiel— a un auditorio que, en ausencia de alternativas más atractivas, se ha vuelto cada vez más receptivo a las ideologías conservadoras.

En un punto de su ensayo sobre Vietnam, Le Minh y Nguyen describen el discurso vietnamita sobre población, como “una discusión bilateral entre el estado y sus expertos [por un lado] y la comunidad de donadores [por el otro]” (este volumen, p. 292). Las personas afectadas por las políticas del gobierno no tuvieron voz. Estas declaraciones se aplican con igual fuerza al discurso sobre VIH/SIDA. Haciendo lo “que mejor sabía hacer” inicialmente, el estado (en la década de los noventa) observó al VIH/SIDA a través de un lente socialista, construyendo a la epidemia como el resultado de “males sociales” (la prostitución y la drogadicción) que podían erradicarse al reeducar a las mujeres trabajadoras sexuales (y drogadictas) para que se convirtieran en “sujetos proletarios” (Como hemos visto, “el socialismo” no ha cerrado la puerta a estos discursos). Bajo la presión de los donadores internacionales, recientemente el estado ha abandonado (al menos públicamente) este enfoque a favor de un enfoque médico: ahora las trabajadoras sexuales son descritas como “una amenaza inminente a la salud de la nación” (Le Minh & Nguyen, este volumen, p. 302). A las esposas —nuevamente confinadas

como sirvientas por el estado, se les insta a “proporcionar un placer de nivel apropiado para sus esposos”, con el fin de alejarlos “de la lujuria de las prostitutas” (*ibid.*, p. 303), en el mejor de los casos, una estrategia arriesgada (para las esposas). Suponiendo que haya una voz de la sociedad civil en estos proyectos del estado— *Doi Moi* fue seguido por una explosión de ONG locales —son casi exclusivamente patrocinados y financiados por el estado y (en mayor grado) por donadores internacionales.<sup>4</sup> Según la evidencia de este ensayo, ha habido muy poco impacto a nivel popular y, por consiguiente, muy poco impacto de las bases populares en las políticas.

Esta revisión de las respuestas de los países al VIH/SIDA, hace surgir una serie de preguntas. En primer lugar, existe la relación potencialmente tirante entre los gobiernos y las organizaciones de movimientos sociales (OMS). Estas organizaciones se benefician, obviamente, del reconocimiento y financiamiento del gobierno, pero en estos ensayos existe una considerable evidencia de que, con el reconocimiento y financiamiento, puede venir aparejada la apropiación, la pérdida de militancia y la despolitización. Esto ha sucedido claramente en Perú —aunque allí la situación es tan fluida que pudiera “des-sucedir” con el siguiente cambio de régimen político. Existen algunos indicativos en Sudáfrica de que CAT es igualmente vulnerable, dado que sus líderes tienen una fuerte historia de apoyo al CNA, e incluso han llegado a suspender campañas activistas previamente a las elecciones nacionales, como una señal tácita de solidaridad con el gobierno del CNA. A pesar de esta inclinación, CAT sigue siendo altamente independiente y se opone fuertemente al gobierno, en lo concerniente a sus políticas sobre el SIDA y temas relacionados. Los financiamientos estatales y de donadores de las ONG en Vietnam, hacen que sea imposible que las OMS tengan una voz política fuerte. Aún hasta en Brasil, país en donde la participación de la sociedad civil y de los activistas en respuesta al VIH y al SIDA ha sido vista como un modelo a seguir por

<sup>4</sup> En Vietnam las ONG de estilo occidental son, de hecho, ilegales y los actuales esfuerzos para legalizarlas están progresando muy poco en el parlamento. Las únicas asociaciones legales son “técnicas” con el claro objetivo de investigación y/o evaluación. El enfoque de Vietnam en el tema de las asociaciones, se halla ilustrado por la experiencia del país con las asociaciones de personas con SIDA. Al regreso de una reunión internacional sobre SIDA, el Primer Ministro informó al Ministro de Salud que el país tenía que tener una asociación de ese tipo. Se diseñó un plan que incluía a individuos de diferentes secretarías de estado, pero ninguno con VIH/SIDA. Vietnam se encontraba determinado a poseer la apariencia de un actor en el escenario internacional del SIDA, pero resulta obvio que no tenía la menor idea de cómo obtenerlo.

otros, los ires y venires de los activistas entre las ONG y el estado y su continua participación en la implementación de programas de actividades a veces a costa de la defensa política, ha conducido ocasionalmente, tanto a la asimilación como a la despolitización (Berkman *et al.*, 2005; Parker, 2003). Un segundo tema relacionado es el cambio de significados del VIH, ya que va de ser un tema político/moral a un tema médico/enfermedad crónica. ¿Cuáles son las consecuencias de este giro para las organizaciones relacionadas con el SIDA y los derechos humanos y sexuales, que se han desarrollado en torno a, o en respuesta a definiciones anteriores? Tercero, con el desarrollo de grupos enfocados en los derechos sexuales/humanos más que en el SIDA de manera exclusiva, existe una gran posibilidad de fragmentación de la identidad y de competencia por el reconocimiento y los recursos. (Girard cita muchos ejemplos de esta competencia en el contexto de las Naciones Unidas). En aquellos lugares donde se ha podido identificar un objetivo común claro (como es el caso de la India en torno a la exigencia de derogación de su ley antisodomía) se puede superar este problema, al menos de forma temporal, pero continuará acechando entre las sombras.

### TOMA DE BANDERA

La “bandera” en nuestro subtítulo es las Naciones Unidas y, en menor medida, porque no resulta tan fácil de tomar, el Banco Mundial. En el primer caso, la bandera es casi totalmente simbólica —palabras y frases en documentos y resoluciones— pero no por ello menos poderosa por su capacidad de conferir legitimidad a una óptica del orden social global, en comparación con otra. La toma del Banco Mundial no tiene solamente un significado simbólico, sino que también posee un valor material significativo: la visión que adopta es lo que impulsa la forma en que se sitúa el dinero y en cómo son conformados sus programas. Debido a que a través del tiempo, sus posiciones respectivas en la estructura social mundial han evolucionado, estas dos instituciones se han vuelto, cada vez más, objetivos invitantes —de hecho obligatorios— en las luchas por el poder y la hegemonía ideológica, en los ámbitos de la salud y los derechos sexuales y reproductivos. Sin embargo, las oportunidades que estas instituciones ofrecen, son muy diferentes.

Como lo establece claramente la viñeta con la que inicia el artículo de Girard, las Naciones Unidas posee una capacidad limitada para mantener fuera huéspedes no invitados (por ejemplo miembros del Caucus Lésbico) y



al mismo tiempo, ofrece oportunidades, sin precedentes, para la exposición a los medios de comunicación (“Todo el mundo en el plenario [de Beijing], incluyendo a los delegados de 189 países, había [visto la manta y] recibido el mensaje” [Girard, este volumen, p. 311]). Muy similar al típico “estado débil”, la ONU combina múltiples sedes (por ejemplo, no solamente la conferencia en sí, sino una multiplicidad de conferencias preparatorias y de seguimiento, en las que los actores estatales y los no estatales también, pueden demostrar sus argumentos y luchar para que prevalezcan sus puntos de vista) con una incapacidad para imponer resoluciones a los luchadores. De hecho, la ONU es, por definición, un foro para el intercambio público de ideas. El Banco Mundial tiene una misión muy diferente: prestar dinero en apoyo a proyectos para el desarrollo económico de países pobres, o que luchan económicamente. Aún cuando “ha demostrado, una y otra vez, la sensibilidad a la presión ejercida por acciones montadas por la sociedad civil” (de Camargo, & Matos, este volumen, p. 363) “...el banco [en virtud de su estructura y su apalancamiento económico] es bastante menos abierto [que las Naciones Unidas] a la presión política organizada de la sociedad civil” (*ibid.*, p. 371).

El ensayo de Girard ofrece un amplio testimonio de la importancia de las conferencias de El Cairo y de Beijing (conjuntamente con las conferencias relacionadas de Naciones Unidas, que precedieron y siguieron a estos dos acontecimientos críticos) al movilizar a las activistas feministas y, más recientemente, a los activistas LGBT de todo el mundo, a favor de los derechos de salud sexual y reproductiva.<sup>5</sup> “La movilización fue clave para el éxito en Beijing, y será clave para éxitos futuros en el Consejo de Derechos Humanos y en otros lugares. Las alianzas Norte/Sur son especialmente importantes... el liderazgo proporcionado por activistas del Sur contrarresta efectivamente la afirmación de que [los derechos sexuales y reproductivos] son temas del Norte/Occidente” (Girard, este volumen, p. 355). La ONU, en tanto foro Global reconocido internacionalmente, ha sido capaz de legitimar el discurso en una serie de temas altamente polémicos y por extensión, a los grupos defensores de esos temas. De hecho, uno de los asuntos que surgen del ensayo de Girard, particularmente a la luz de los estudios de caso de los países (ver, en particular el ensayo de Ramasubban de la India), es la relación entre el es-

<sup>5</sup> Se ha escrito mucho acerca de estos acontecimientos y de su impacto. El valor del ensayo de Girard radica en sus entrevistas con los participantes clave y en su profundo análisis de los, a veces angustiosos, intercambios, necesarios para producir documentos y resoluciones de mutuo acuerdo.

tatus y la visibilidad de los defensores en la ONU y su estatus y visibilidad en sus países de origen. ¿Hasta qué punto y bajo qué circunstancia, una defensa exitosa en la ONU se traduce en una acción exitosa en el lugar de procedencia? La evidencia de los estudios de los países resulta insuficiente para responder a estas preguntas, síntoma quizá de la insuficiencia de las conexiones entre el campo activista global y las luchas y organizaciones locales, aún cuando un conjunto de activistas sea capaz de moverse con facilidad de una arena de compromiso a otra.

Entre los testimonios más sorprendentes acerca del impacto del movimiento que tan efectivamente describe Girard, encuentra su éxito en generar un contramovimiento con todas las de la ley. Si un movimiento social consiste en “desafíos colectivos de gente con propósitos comunes y solidaridad, en una interacción sostenida con las élites, los opositores y las autoridades,” un “contramovimiento” es un movimiento que hace reivindicaciones contrarias, simultáneamente a aquéllas del movimiento original” (Meyer & Staggenborg, 1996, p. 1631). Convencionalmente, las naciones-estados son el objetivo de los movimientos sociales. Sin embargo, parecen estar deseosas de adoptar formas de movimiento social, o en este caso contramovimiento, cuando la ocasión lo requiere, como ha sido documentado por la descripción maravillosamente detallada de Bahgat y Afifi de la respuesta de Egipto a la conferencia de El Cairo. Descontentos con lo que ellos percibieron como una “derrota” en El Cairo (por ej: “el lenguaje innovador sobre sexualidad, particularmente sobre el derecho a tener una “vida sexual satisfactoria y segura” del Programa de Acción CIPD [Bahgat & Afifi, este volumen, p. 59]), las autoridades religiosas de Egipto (para este momento totalmente identificadas con el estado) se pusieron en marcha, copiando casi al pie de la letra las tácticas y estrategias de sus opositores. Egipto no solamente rectificó los errores percibidos en El Cairo, participando plenamente en los preparativos de Beijing y en los debates de la propia conferencia, los activistas religiosos de Egipto jugaron un papel decisivo en la formación de una ONG de mujeres Islamistas (el Comité Internacional Islámico para las Mujeres y los Niños [IICWC] “para contrarrestar la influencia de las ONG progresistas, feministas y a favor de las mujeres [!] en el nivel internacional”, (Bahgat & Afifi, este volumen, p. 60). Bahgat y Afifi afirman que, desde Beijing, esta coalición internacional de organizaciones Islámicas de mujeres “se ha convertido en la herramienta más poderosa de los Islamistas en la lucha por los temas de género y de derechos sexuales y reproductivos” (*ibid.*).

Esta explicación sugiere que los organismos internacionales, tales como las Naciones Unidas, juegan un papel importante en el apoyo a las protestas y a los conflictos. Aún por mucho que quieran, las naciones-estados no pueden acallar las protestas, porque estos organismos proporcionan los foros para que los disidentes puedan manifestarse. Bajo aquellas circunstancias en las que el organismo internacional carezca de autoridad para resolver un conflicto, como en el caso del conflicto sobre derechos y salud sexual y reproductiva en la ONU, es probable que la lucha partidaria continúe de forma indefinida.

El Banco Mundial posee una capacidad considerablemente mayor, no solamente para resolver los conflictos, sino también para eliminarlos, aún cuando su capacidad no sea ilimitada, como lo han demostrado los recientes acontecimientos. Lo que Camargo y Mattos contribuyen para nuestra apreciación de esta capacidad, es el hecho de que además del poder de su economía financiera, se encuentra el poder de la economía discursiva del Banco. En combinación, estas dos economías poseen la autoridad para conformar, no tan solo las políticas económicas de los gobiernos, sino también la manera como formulan sus iniciativas sociales. Para entender como funciona esto, no es suficiente señalar que “una visión integral de la sexualidad está visiblemente ausente del discurso público del Banco Mundial,” (Camargo & Mattos, este volumen, p. 371); resulta también necesario rastrear cómo se produce, por sí mismo, este silencio, ya que los temas de sexualidad “se encuentran presentes en algunos documentos de poca importancia, pero desaparecen en la medida en que la narrativa asciende en las escalas jerárquicas” (*Ibid.*, p. 372). Como un estudio de caso de estas prácticas de construcción de discursos y su traducción o fracaso al traducirlas a políticas económicas y programas de asistencia, este análisis nos incentiva a prestarle atención al tema de lo que se habla y de cómo y qué se calla en todas las sedes. Un aspecto sustancial de la lucha por la sexualidad y el género, es la relación dialéctica entre los regímenes sexuales y de género imaginados y las transformaciones materiales. La visión es capaz de guiar a la acción mientras los cambios en los recursos y las prácticas pueden estimular una visión de lo que pudiera ser posible, en los sistemas de género y sexualidad. Como concluyen Camargo y Mattos: “El discurso público del Banco es otro ámbito importante en donde debe lucharse por la afirmación de un concepto constructivo de los derechos sexuales, con la posibilidad de repercusiones en una escala global” (este volumen, p. 373). La afirmación de conceptos constructivos de los derechos sexuales, no resulta menos importante en el resto de los numerosos ámbitos a los que nos conducen estos casos.

## CONCLUSIONES

Las innumerables diferencias entre estos distintos estudios, dificultan poder desarrollar comparaciones controladas entre ellas. No obstante, esperamos que este análisis haya subrayado algunos de los asuntos transversales que surgen de una lectura cuidadosa de estas historias acerca de un sinnúmero de luchas que ocurren en los inicios del siglo *xxi*, con respecto al género y a la sexualidad. Mientras que, por un lado, queremos resistirnos a la tentación de intentar sacar conclusiones generales o definitivas, de esta breve expedición a través de algunos de los temas que han presentado los estudios de caso, sí quisiéramos cerrar con un llamado de atención a una serie de puntos que pensamos estos estudios tienden a ilustrar o confirmar —y subrayar una serie de nuevas preguntas que se suscitan, aún cuando sean incapaces de responderlas totalmente, dentro de sus comprensibles limitaciones.

En particular, nos parece que en el campo de los derechos de la salud sexual y reproductiva, como ha sido el caso en el análisis de una serie de otras áreas de activismo social en los últimos años, es posible identificar, en la historia reciente, todas las principales tendencias que han tenido una influencia especialmente importante en la conformación, tanto de la luchas locales, como de los procesos transnacionales, lo que Peter Evans ha analizado como la transición a una economía global, con una apertura sin precedentes de los mercados económicos a una escala global, y una transición gradual (pero en su mayor parte continua) a la democracia electoral; lo cual ha abierto importantes oportunidades para la acción ciudadana y la organización de movimientos sociales, en los países en los que ha ocurrido esta transición (ver Evans 2002). Aún cuando estos factores, que parecen ser elementos clave en el proceso más amplio de globalización a finales del siglo *xx* y comienzos del *xxi*, abren posibilidades de cambio significativas, resulta difícil predecir la dirección precisa de ese cambio. Dependiendo de una gama de coyunturas sociales, culturales, económicas y políticas, resulta igualmente posible que el cambio desate fuerzas conservadoras y hasta incluso reaccionarias (como en las distintas formas de fundamentalismos religiosos que han ejercido su influencia en casi la mayoría de los casos que hemos analizado), como que aliente lo que vemos como transformaciones sociales más positivas, que pudieran garantizar cada vez más la dignidad y la libertad humanas, a través de la extensión y la expansión de los derechos sexuales y reproductivos. Que ese potencial para un cambio social positivo se haya materializado o no en algún contexto específico, depende mucho

de los contextos locales, nacionales y hasta globales, en los que estos cambios tienen lugar.

Desde nuestro punto de vista, no existe duda de que las transformaciones globales de las décadas recientes han abierto espacios nuevos muy importantes, en casi todas las sociedades e instituciones (y ciertamente en aquéllas analizadas en estos estudios de caso) para el apoyo y el activismo, en defensa de la igualdad de género y la libertad sexual. Cada vez más, los enormes flujos globales —no tan solo de capital, sino de personas, tecnologías, imágenes e ideas (Lo que Arjun Appadurai convenientemente ha identificado como los panoramas de la globalización contemporánea [Appadurai, 1996])— han hecho posibles los espacios de luchas locales, en los cuales las políticas de los organismos impugnados han ocurrido cada vez más, pero también el surgimiento de crecientes e importantes movimientos transnacionales y redes de activistas. Estas redes han comenzado a tener un importante impacto en el cambio del panorama contemporáneo de la salud y los derechos sexuales y reproductivos (redes que, por sí solas, han hecho posible el espacio del proyecto de investigación colaborativa, que proporcionó el contexto para los estudios de caso que hemos analizado aquí). Estos movimientos transnacionales han abierto nuevos ámbitos para el diálogo y el debate —en el sistema de Naciones Unidas, por ejemplo— los cuales guardan un importante potencial para el futuro.

Al mismo tiempo, también resulta claro que el progreso logrado en escenarios internacionales, si no ha sido construido sobre una base de libertades locales —incluyendo la inserción social y económica en niveles que aún se encuentran lejos de estar garantizados en ninguna parte del mundo contemporáneo— puede ser casi irrelevante para las vidas sexuales y reproductivas de muchos (mujeres, hombres, niñas y niños) en las comunidades locales. De hecho, una de las prioridades básicas para el futuro, y una de las áreas que este conjunto de estudios de caso sólo comienza a develar, es una mayor comprensión de las formas en las que el nuevo lenguaje transnacional de los derechos sexuales, impacta en las vidas de las personas en las bases populares (ver Parker, 2007). Por ejemplo ¿Qué significa el concepto de derechos sexuales para las mujeres pobres que luchan por escapar de la violencia doméstica en sus vidas cotidianas? ¿O para las mujeres y travestis trabajadores sexuales, o la juventud pobre de las comunidades que rodean los centros urbanos metropolitanos modernos en virtualmente todos los países que hemos analizado? ¿Cómo están creando y recreando las emergentes comunidades gays y lésbicas en ámbitos sociales y económicos relativamente periféricos,

sus propias interpretaciones de ciudadanía y empoderamiento, que pueden o no tener los mismos términos de referencia que el activismo LGBT o el homosexual que evolucionó en los centros del poder económico y político —y que puede tener muy poco que ver con el activismo transnacional que se enfoca en los derechos sexuales, en ámbitos tales como el de las Naciones Unidas? ¿Cómo pueden construirse los conceptos de ciudadanía sexual y de justicia erótica, de forma que los hagan significativos para aquéllos en la vanguardia de las luchas prácticas, hechas generalmente en el nivel local o en los ámbitos políticos estatales o nacionales?

Los estudios de caso que hemos analizado aquí, y el proyecto colaborativo más amplio dentro del cual fueron modelados, apenas comienzan a ofrecernos las respuestas a muchas de estas preguntas. Pero no obstante, el hecho de que comiencen a ofrecer estas respuestas es un logro notable, por el cual quedamos en deuda con sus autores. En este breve análisis comparativo de los temas transversales clave que surgen de los estudios de casos, nuestro objetivo principal ha sido subrayar algunos de estos temas y asuntos con la expectativa de que los lectores de este ensayo se interesen lo suficiente para acudir individualmente a los estudios, para obtener sus análisis más detallados. Esperamos de todo corazón que lo que hemos expresado aquí haya sido lo suficientemente fascinante y provocador del pensamiento, para que se sientan obligados a hacerlo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai, A. (1996). *Modernity at large: Cultural dimensions of globalization*. Minneapolis: Prensa de la Universidad de Minnesota.
- Ashcroft, B., Griffith, G., & Tiffin, H. (1989). *The empire writes back: Theory and practice in post-colonial literatures*. Nueva York: Routledge.
- Berkman, A., Garcia, J., Muñoz-Laboy, M., Paiva, V., & Parker, R. (2005). A critical analysis of the Brazilian response to HIV/AIDS: Lessons learned for controlling and mitigating the epidemic in developing countries. *American Journal of Public Health*, 95(7):1162-1172.
- Bhabha, H. (1990). DissemiNation: Time, narrative, and the margins of the modern nation. En H. Bhabha (ed.) *Nation and narration*, pp. 291-121. Nueva York: Routledge.
- Chafetz, J. S. (2002). Theoretical understandings of gender: A third of a century of feminist thought in sociology. En J. H. Turner (ed.) *Handbook of sociology*, pp. 613-631. Nueva York: Kluwer Academic/Plenum Editores.

- Connell, R.W. (1987). *Gender and power*. Cambridge: Polity Press
- Dell, H. S. (2005). "Ordinary" sex, prostitutes, and middle-class wives: Liberalization and national identity in India. En V. Adams, & S. L. Pigg (eds.) *Sex in development: Science, sexuality, and morality in global perspective*, pp. 187-206. Durham: Prensa de la Universidad de Duke.
- Evans, P. (ed.) (2002). *Livable cities? Urban struggles for livelihood and sustainability*. Berkeley, Los Ángeles y Londres: Prensa de la Universidad de California.
- Foucault, M. (1978). *The history of sexuality, Volume 1: An introduction*. Nueva York: Random House.
- Friedman, E. J., Hochstetler, K., & Clark, A. M. (2005). *Sovereignty, democracy, and global civil society: State-society relations at UN world conferences*. Albany: Prensa de la Universidad del Estado de Nueva York.
- Giddens, A. (1991). *Modernity and self-identity: Self and society in the late modern age*. Cambridge: Polity Press.
- Giddens, A. (1992). *The transformation of intimacy*. Cambridge: Polity Press.
- Meyer, D. S., & Staggenborg, S. (1996). Movements, counter-movements, and the structure of political opportunity. *American Journal of Sociology*, 101(May): 1628-60.
- Nathanson, C. A. (2007). *Disease prevention as social change: The state, society, and public health in the United States, France, Great Britain, and Canada*. Nueva York: Fundación Russell Sage.
- Parker, R. (2003). Building the foundations for the response to HIV/AIDS in Brazil: The development of HIV/AIDS policy, 1982-1996. *Divulgação em Saúde Para Debate*; 27:143-183.
- Parker, R. (2007). Sexuality, health, and human rights. *American Journal of Public Health*, 97(6):972-973.
- Parker, R., & Aggleton, P. (eds.) (2007). *Culture, society and sexuality: A reader*, (segunda edición). Londres y Nueva York: Routledge.
- Petchesky, R. (2003). *Global prescriptions: Gendering health and human rights*. Londres y Nueva York: Zed Books.
- Ramasubban, R., & Jejeebhoy, S. J. (eds.) (2000). *Women's reproductive health in India*. Delhi: Rawat.
- Rubin, G. (1975). The traffic in women: Notes on the political economy of sex. En R. R. Reiter (ed.) *Toward an anthropology of women*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Rubin, G. (1984). Thinking sex: Notes for a radical theory of the politics of sexuality. En C.S. Vance (ed.) *Pleasure and danger: Exploring female sexuality*, pp. 267-319. Boston: Routledge & Kegan Paul.
- Sahlins, M. (1987). *Islands of history*. Chicago: Prensa de la Universidad de Chicago.

- Scott, J. W. (1988). *Gender and the politics of history*. Nueva York: Prensa de la Universidad de Columbia.
- Sewell, W. H. Jr. (2005). *Logics of history: Social theory and social transformation*. Chicago: Prensa de la Universidad de Chicago.
- Wardlow, H., & Hirsch, J. S. (2006). Introducción. En J. S. Hirsch & H. Wardlow (eds.) *Modern loves: The anthropology of romantic courtship and companionate marriage*, pp. 1-31. Ann Arbor: Prensa de la Universidad de Michigan.
- Weeks, J. (1995). *Invented moralities: Sexual values in an age of uncertainty*. Cambridge: Polity Press.
- Weeks, J. (2000). *Making sexual history*. Cambridge: Polity Press.